

# Maestría en programa doble

CINE  
SCRUPULOS

Volumen 1  
Número 2  
Julio a diciembre  
2013

# 43

Mantén los ojos bien abiertos porque esta edición de CineScrúpulos rinde homenaje a uno de esos genios que, de vez en cuando, la historia se encarga de consolidar: Stanley Kubrick, excéntrico y extraño, alejado de los reflectores en los últimos años de su vida pero entregado en cuerpo y alma al entorno familiar. Sus detractores lo recuerdan como el hurano perfeccionista, el tipo que no escatimaba costos humanos con tal de obtener lo que quería, dispuesto a repetir cuhucientas mil veces una misma toma para irritación del personal que trabajaba con él. Su familia lo rememora con cariño, como el padre chocho que disfrutaba de sus hijos y de los amigos, alejado del mito que en torno a él se fue construyendo. Sus fanáticos lo engrandecen hasta el Olimpo pues legó una filmografía del crecimiento, del descubrimiento, del enaltecimiento de la experimentación, del regocijo que origina evitar los formulismos del género, de encontrar la independencia tras haber flirteado con el monstruo corporativo, de no hacerle ascos al terror o al erotismo, de jugar cada una de sus piezas con la maestría del ajedrecista nato que era, avizorando con el ojo de fotógrafo que consolidó en sus primeros años. La herencia de Kubrick es infinita a pesar de su corta filmografía, y es por eso que le damos un repaso, como para no olvidar lo que ya de por sí es inolvidable.

También se le rinde tributo al gran mago de la fantasía, de la hipóbole narrativa y de la personificación circense: Federico Fellini, quien solía decir que había inventado tantas cosas en torno a él que le resultaba muy difícil definir qué sucesos eran verdaderos y cuáles eran producto de su fantasía e imaginación. La principal razón de ser para entender su cine es justamente esa: perderse en la libertad con la que el autor plantea sus historias, puesto que si se intenta decodificar de manera convencional alguna de las películas de Fellini, entonces nos frustraremos sobremanera porque es prácticamente imposible hacerlo. El viaje delirante que se presenta ante nuestros ojos debe ser aceptado y disfrutado como si se tratara de una función del Circo del Sol. Y a propósito de ello, también indagamos en el movimiento neorrealista para preguntarnos en qué medida uno de los paradigmas de la modernidad cinematográfica influyó o no en la artesanía fílmica de Fellini.

Por último, pero no menos importante, el ingrediente esencial en todo buen plato fílmico que se precie: la sangre. Al parecer, la hemoglobina que inunda las películas de terror modernas no guardan mucha semejanza con las obras clásicas de las que heredan su razón de ser.

Hora de las bebidas espirituosas. Salud, Alex.

EL EDITOR